

Carmen Domingo

«Amo a Gala más que a mi padre,
más que a mi madre, más que a Picasso
y más incluso que al dinero»

Gala-Dalí

LA NOVELA SOBRE LA MUSA DEL PINTOR



ESPASA

CARMEN DOMINGO
GALA-DALÍ



ESPASA © NARRATIVA

© Carmen Domingo Soriano, 2016
Publicado por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Depósito legal: B. 11.597-2016
ISBN: 978-84-670-4723-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

EL LOCO
TODOS LOS CAMINOS SON MI CAMINO

Castillo de Púbol, 1980

A veces los hijos molestan. No se necesitan cerca. Incluso desearías no haberlos tenido. ¿Por qué? A saber. Son cosas que pasan. Sensaciones que te llegan sin darte ni cuenta, pero que no puedes evitar y, entonces, como si nunca hubieran nacido, desaparecen de tu mente durante años. Los borras de tus recuerdos. Entrás. Sales. Viajas. Haces tu vida sin ellos. Una vida plena desde el principio hasta el fin, guiada solo por tus instintos, por tus deseos. Hasta que un día, de pronto, cuando tú ya hace años que no piensas en ellos, alguien te recuerda que sí, que una vez fuiste madre de una niña y entonces gritas:

—¡Que no entre a mi castillo! ¡No quiero verla!

Había aprendido a huir de ese recuerdo. Incluso llegué a creerme que no había existido nunca. Y viví feliz durante muchos años. ¿Era tan difícil entender que yo quería vivir la vida a mi manera? ¿Que quería descansar, alejarme de los demás, para alcanzar mis sueños? ¿Para cumplir mis deseos? ¿Que nunca había deseado ser madre? Con los años, si había algo que tenía claro era que yo no necesitaba los lamentos de una hija que no había sentido como tal ni en el mismo momento de su nacimiento. Como también aprendí con el paso del tiempo que tampoco precisaba de la compañía de un viejo

decadente que apenas se atrevía a salir de casa sin mi consentimiento y que había acabado por desarrollar todas y cada una de las excentricidades típicas de un anciano decrepito que ya nada tenía que ver conmigo.

La intimidad, y sobre todo la familiaridad, hace mermar las pasiones. Y la llama del amor hay que mantenerla encendida con lo nuevo, lo insospechado, lo sorprendente, lo imprevisto y yo quería seguir viviendo así, alejarme del pasado. Por eso me vine aquí, a Púbol. Recuerdo que se lo confesé a un periodista en una de las últimas entrevistas que me hicieron hace no mucho. No hablaba de Salvador, sino de mis escapadas americanas. Pero el periodista insistía preguntándome sobre él.

¿El pintor?

¿El genio?

¿El hombre?

¿Qué me importaban a mí los desvaríos de un viejo impotente? ¿Qué sabía yo de lo que podía estar haciendo en esos momentos? Imagino que estaría en casa, rodeado de unos cuantos jovencitos imberbes dispuestos a hacer lo que fuera para recibir la caricia de quien todavía se cree un genio; o quizás frente a una docena de lienzos en blanco dispuesto a firmarlos, sin importarle ni quién ni qué acabaría dibujado encima semanas después. Él no tenía nada de lo que hablar, en realidad nunca tuvo mucho que decir. Era yo la única que tenía algo que decir al mundo, aunque siempre lo hubiera hecho por boca de algún otro, aunque siempre me hubiera mantenido en un segundo plano. Eso era lo verdaderamente interesante, lo que yo pensaba, hacía o ayudaba a hacer. ¿Cuánto tiempo tenía que pasar para que se valorara el papel de la musa por encima del del genio? ¿Qué más tenía que demostrar? Lo miré fijamente, lanzándole una media sonrisa, insinuándole que iba a contestar, pero que me lo estaba pensando. Sabía que en aquel entonces todavía podía atraer a la prensa, a los hombres. ¿Cómo no iban a interesar las fantasías eróticas de una mujer madura que podía mostrar y disfrutar de un cuerpo mucho mejor que la mayoría de jovencitas y que no se

avergonzaba de ello? Conocía a la perfección la atracción que ejercía en los hombres y me complacía con ella. Se lo conté sin escatimar ni un solo detalle, pero no me creyó, no estaba esperando oír eso. Me miró insinuando que era una anciana fantasiosa y, al final, no escribió ni una letra de nuestra conversación.

Desde entonces, cuando me llaman de algún diario pidiéndome una entrevista, ya ni contesto. No voy a convencerlos de nada. Ha pasado el tiempo. Ahora hay días en que ni yo misma le pongo cara a todas esas fantasías eróticas tantas veces llevadas a la práctica en otras épocas, ni a los hombres con los que las llevé a cabo. Por más que, cuando cierro los ojos, todavía noto los abrazos recibidos, los besos robados, las horas haciendo el amor de todas las maneras que la imaginación me permitía, las tardes pasadas junto a Salvador, hablándole de todas aquellas posturas que yo practicaba junto a otros hombres y que él nunca se atrevería a realizar conmigo, los días enteros junto a Paul sin salir de la cama, amándonos una y otra vez hasta caer exhaustos, mis escapadas con Max ignorando al mundo entero, mis encuentros furtivos con John y con tantos otros, el sudor de esos cuerpos jóvenes que fueron llegando poco a poco a mi cama, a medida que necesitaba yo nuevas experiencias y que me han regalado tantas tardes de placer más allá de lo imaginado, mientras me servía de ellos para alejarme de la decadencia que se vivía en Cadaqués... Cientos, miles, millones de horas de amor, de disfrute, que pasaron por todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo y se quedaron dentro para siempre. Por eso ahora quiero estar sola. Disfrutar de mi castillo, de Púbol, de mis recuerdos y de este hogar donde solo yo me puedo creer ya que algún día volverán a ser ciertas.

Esa mañana estaba en la habitación despierta, vestida y levantada, tres cosas que últimamente no suelen ser frecuentes en mí. Todavía iba algo despeinada y no me había acabado de maquillar. Me había vestido con una falda plisada y esa blusa de marinera que tanto le gusta a Salvador para hacerme retratos y que el paso del tiempo ha hecho que amarillee un poco por los hombros. Me he colocado el lazo negro para el pelo que me regaló Coco. De nuevo el tiempo... Frente

al tocador, al mirarme, confirmo lo que ya sé: mi cuerpo ha cambiado poco. Quizás sería más exacto decir mi talla. ¡Qué más da! Ese día, digo, estaba esperando a que llegara Marta para ayudarme con el pelo, que me peinara y me colocara el lazo bien centrado y pintara mis labios con carmín rojo como tantas veces he hecho y que ahora el pulso no me deja realizar con precisión. Justo en el momento en que estaba mirándome al espejo y trataba de decidir si me quedaba o no con la blusa puesta, entra Marta muy excitada y me dice:

—Señora, es su hija, está aquí. ¡Cécile acaba de llegar! ¡Ha venido a verla desde París!

Me lo dice contenta, con una sonrisa. Supone que su felicidad será la mía al conocer la noticia.

—No quiero visitas —le digo y añado cambiando de tema—: Tienes que arreglarme el pelo y retocarme un poco la cara —contesto sin dudar y sigo mirándome al espejo.

—Pero señora... su hija...

El tono de Marta cambia. Está decepcionada por mi respuesta. Pero no voy a dar mi brazo a torcer, aunque la situación me incomoda, lo reconozco y sería más fácil claudicar. No soporto las sorpresas ni que me lleven la contraria en mi propia casa: no quiero verla. Punto. No hay más que hablar.

—¿Cuántas veces he de decirlo? ¡Este es mi castillo! ¡Púbol es mío y solo mío y no quiero a nadie! ¡Aquí solo se entra con invitación y no estoy de humor para invitar a nadie!

—Está en la puerta —insiste con voz zalamera—, hace años que no la ve.

¿Hacia dónde debo mirar para no darme de bruces con la realidad? ¿Qué espejos tengo que conservar colgados que no muestren el paso del tiempo? ¿Cuántas fotos he de romper para que la imagen de antaño sea la recordada? ¿En qué momento he de decidir que una se detiene para siempre y mantiene junto a sí aquello que fue una vez? ¿Cómo huir de los días, los meses, los años que pasan inexorables a nuestro lado hasta que nos convierten en una máscara de lo que fuimos?

—¡Verla me hace vieja! ¡No la soporto! Dile que se vaya.

Estoy furiosa. Me quiero levantar de la silla, pero no tengo fuerzas. No puedo huir, aunque necesito hacerlo porque no tengo ganas de seguir esta conversación. Le he dicho una y mil veces al servicio que no dejen entrar a nadie en mi castillo. Lo han sabido desde el momento mismo en que los contraté. Las órdenes estaban claras. También le puse esa condición a Salvador cuando acepté Púbol como regalo. Ni él, ni Cécile, ¡nadie! No hay excepciones a esa regla. Uno y otra me hacen sentir vieja y no soporto la vejez. Ahora solo me aterra el paso del tiempo y no quiero verlo pasar en los demás.

En mi castillo estoy a gusto. Me levanto sin prisa, paseo por el jardín, leo, me echo las cartas del tarot un par de veces al día... Esta mañana me he mirado en el espejo del tocador y he sonreído al ver a un lado el icono ruso que me ha acompañado desde niña. No recordaba haberlo dejado aquí. ¡Qué lejos queda Kazán de todo esto y a la vez qué cerca al ver esa talla! Me costó, pero lo logré. Me fui para no volver. También borré esa parte de mi vida. Desde el momento en que salí de Rusia, empecé a prescindir de todos y cada uno de los recuerdos que quedaban en mi mente, mis hermanos, mi madre... mi padre. Escapé de todo y así pude ser yo misma. Los recuerdos impiden avanzar. Para eliminarlos hay que ser fuerte, no dejar que nada te amilane, mantenerte firme en tus planes y seguir adelante, sin mirar atrás. Y eso he hecho a lo largo de toda mi vida. Pero el tiempo pasa y yo empiezo a estar cansada, me queda menos resistencia y casi no tengo planes. Incluso mis manos, con manchas y ya arrugadas, han perdido su juventud dejando que se marquen todos y cada uno de los huesos a través de la piel. Ya no hay marcha atrás. El tiempo corre más deprisa de lo que yo alguna vez hubiera imaginado. Pensaba que lo lograría, pero ni teniendo todo el oro del mundo puedo detener su avance. Por eso quiero que me dejen sola. Estar tranquila. Para los demás puede pasar el tiempo, pero yo, yo, estoy en Púbol y aquí sigo, siendo la Gala de siempre.

—No es justo —susurro apartando la mirada del espejo y agarrando la baraja del tarot—. No es justo... ¿qué hace aquí Cécile? ¿A qué ha venido? Ya le dije que no le daría ni un céntimo más.

—Señora, me ha dicho que se ha enterado de que usted está algo enferma y por eso quiere verla.

—¿Enferma? No quiero que nadie me recuerde que soy una vieja enferma, porque no lo soy. Cécile no es como su padre, ella no necesita mi ayuda para seguir adelante.

—Señora, no es eso, ella la quiere. No viene a pedirle nada. Es su hija... y usted su madre...

De pronto, como si se tratara de una revelación, comprendo que es justo al contrario, que el pasado no existe, que a partir de ese momento, del ahora, solo el presente va a acompañarme. Barajo entonces con fuerza las viejas cartas del tarot que me ha acompañado toda la vida. Sin contestar a Marta. Sin mirarla. Fija en la baraja. Lo hago algo más preocupada de lo habitual por lo que las cartas me puedan decir.

Saco una del mazo.

El Loco.

Qué ironía, el único arcano sin número, sin límites, libre de hacer y decir lo que quiera. Las cartas son las únicas que me entienden. A las únicas a las que les debo hacer caso.

El Loco, como yo, camina con paso resuelto, apoyado en un bastón, sin saber adónde se dirige, sin vínculos que lo aten a nada y a nadie, guiado por un principio divino, creador. Camina, caminamos, por una tierra que sacralizamos a nuestro paso. Eso he hecho yo a lo largo de toda mi vida. ¿Qué sería de todos aquellos a los que he dirigido sus pasos para que el mundo entero reconociera su valía si yo no hubiera descubierto el camino, si no les hubiera trazado su destino, si no los hubiera acompañado de la mano hasta conducirlos al éxito? Yo, la única visionaria que ha sabido percibir en ellos lo que ni siquiera ellos mismos imaginaban. ¡Menuda carta me ha ido a salir!

—Señora, Cécile insiste. Dice que esperará a que la reciba. Se ha quedado sentada en las escaleras de la puerta. Quiere verla. —El tono de voz de Marta es casi de súplica.

—Dile a esa tal Cécile que si no desaparece de Púbol llamaré a la Guardia Civil y ellos se encargarán de echarla de mi propiedad. Mi hija hace años que no existe, no sé quién es —le contesto airada—. Mejor... —me detengo a pensar en el arcano. Yo, como El Loco, camino con paso resuelto, sin ataduras, sigo buscando mi destino y tengo que encontrarlo sola como he hecho siempre. Ya no queda nadie a quien ayudar más que a mí misma. Mi vida no ha acabado aquí, tengo que seguir adelante, dirigir los caminos de otras gentes... seguir buscando la belleza... Cécile sigue siendo un estorbo.

Marta se acerca a mí para escuchar lo que me falta por decir, o quizás para intentar convencerme. Puedo leer en sus ojos la súplica de que cambie de parecer. La dejo atrás y me muevo poco a poco hacia una de las cómodas de la habitación apoyándome en todos los muebles para no caerme, en el primer cajón guardo otra baraja de cartas, el tarot que pintó Salvador hace unos años. También eso lo ha hecho gracias a mí. ¿Qué sabría él de cartas adivinatorias si no hubiera sido yo la que se las explicara? ¿La que se las echara una y otra vez antes de tomar una decisión? Quiero sacar otra carta a ver si aquí la respuesta varía. Muevo las cartas con destreza, aprendí a barajar de niña, solo necesito sacar una de ellas. Al verla sonrío con amargura. Es la misma que el azar ha decidido que saliera cuando cogí el tarot de Marsella: El Loco.

Las casualidades no existen.

—Maldito viejo decrepito. Nunca has sabido estar solo —murmuro con rencor al ver la imagen dibujada en el naipe de Salvador y le muestro a Marta el dibujo de la carta para que entienda mi queja.

Ya casi no la recordaba. En la baraja de Salvador El Loco aparece acompañado de otra figura, su segundo, su doble, su otro yo. En esta no está solo. Me la quedo mirando con rabia, no puedo quitarle los ojos de encima, y es esa misma rabia la que me hace romperla en mil pedazos que caen desparramados a mi alrededor.

—Dile a Cécile que me he ido, que estoy de viaje en París o en Nueva York... donde se te ocurra —contesto entonces.

Marta me mira y no añade nada. Sabe que es inútil insistir. Pone cara de lástima y de desconcierto. Se cree que estoy sola, que cada vez soy más frágil, que me hago vieja, que los amigos me han olvidado y que haría bien acercándome a una hija que siempre mantuve lejos de mí para pasar los últimos años de mi vida acompañada. Lo sé. Sé que piensa eso. Pero se equivoca. Las fuerzas aún no me han abandonado del todo, mi cuerpo no es algo pasado sino presente, mi muerte no está cerca, todavía recibo cartas a diario de admiradores y mi mente tiene muy claro lo que debo seguir haciendo. El Loco tiene razón, actuar supone el triunfo y a mí aún me queda mucho que ganar.

—Necesito estirarme un rato. La piel agradece el descanso —le explico con cierto coqueteo a Marta.

Arrastro los pies, me dirijo de nuevo a la cama, no sin antes pararme frente al espejo y estirar la piel de la cara hacia atrás a la vez que hago un gesto como de asombro para elevar los párpados y crear una ilusión momentánea de que se mantiene tan tersa como cuando llegué a Europa.

—No me mires así, querida, mi cara no puede permitirse ni una arruga más y el maldito cirujano se niega a operarme de nuevo. Qué sabrá él de mis necesidades.

—¿Necesita algo más, señora? —me pregunta y de su tono de voz deduzco que ha comprendido que no vale la pena seguir insistiendo sobre Cécile.

—Marta, he decidido que es mejor que tires todos los espejos —le digo entonces.

—¿Los espejos?

—Sí, todos. En su lugar quiero fotos, retratos míos, los cuadros que me ha pintado Salvador... Está claro que alguien los ha modificado, la imagen de esa anciana que reflejan no soy yo. Los miro y solo veo a una vieja que me persigue a todas horas. Prefiero que desaparezca. Es el mismo rostro de la muerte y prefiero no tenerla cerca.

* * *

Qué curioso resultaba que actuara así.

Gala había dedicado toda la vida a escapar del pasado y vivir el presente y ahora se aferraba justo a todo lo contrario, defendiendo el presente frente a cualquier otra época. No era imposible intervenir en el tiempo, para ella nada era imposible... si se lo proponía. Por eso la solución pasaba por eliminar los espejos antes de que el paso de los años se metiera en su espíritu y el presente en el castillo se volviera en su contra. Era más eficaz detener el tiempo que borrarlo, no había duda. Los espejos eran una prisión temporal y ella desde niña solo había luchado por ser libre. Para qué los quería. Los retratos, las fotografías de años anteriores mostrarían el reflejo que esperaba, el que ella recordaba y conocía, el que sentía como propio, el que mostraba a la verdadera Gala, aquella que fue un día. La Gala que viajaba, la Gala que sugería, la Gala que decidía, la Gala que obligaba, la Gala que negociaba las más favorables compraventas, la Gala que hacía el amor sin descanso... la Gala que se sentía dueña de su destino y dirigía el de muchos otros.

El espejo no duplica, no refleja, en realidad desdobra, pero ella está sola y no necesita dobles en Púbol. El castillo es enorme. Y ella, la dueña y señora, no tiene caballero que la acompañe. Quizás es mejor de este modo. En realidad su vida siempre ha sido así, siempre ha estado sola. El espejo desdoblaba al otro. Salvador no es más que un mero reflejo de ella misma, como lo fueron Paul y tantos otros que pasaron por su vida. Y ahora huye de los reflejos, de los dobles, lo mismo que huye del mar, de las compañías jóvenes y de esos cuerpos lustrosos que casi viven de forma permanente en Port Lligat atraídos por la idea del genio que fue Salvador y que ahora se contenta con hacer gestos histriónicos y grandilocuentes que solo obedecen a un intento de llamar la atención a ver si consigue mantener la fama que tuvo un día, esforzándose en inventar mil y una excentricidades.

No, no los quiere cerca. No quiere a nadie cerca. Quiere vivir sola, se repite, como antes lo hizo una de las primeras habitantes del castillo, allá por el siglo xv. Sancha, la viuda del barón Gispert de Campllong, le hubiera gustado conocerla...

Quiere estar sola... o quizás acompañada de las rosas que le recuerdan el jardín donde pasaba las vacaciones de verano junto a su familia allá en Rusia. Ahora ya sabe que no necesita compañía humana. Entonces gira su cabeza casi sin darse cuenta. Le ha parecido escuchar, como en un murmullo, el recuerdo de la voz de su padre susurrándole un adiós en la estación de Moscú hace casi setenta años. Pero ha sido un recuerdo efímero. Al poco, Kazán desaparece de nuevo y para siempre de su cabeza y vuelve al hogar de los muertos, donde se han juntado todos los olvidos de su vida y entonces ella baraja de nuevo las cartas pensando en el hoy, en el mañana...

I

EL MAGO HOY EMPIEZA TODO

Moscú-Clavadel, 1913

—Estarás sola durante un tiempo, pero regresarás curada. Tus pulmones no te molestarán más —le aseguró Dimitri, su padre, con un tono que alejaba el dramatismo, pero que confirmaba la importancia del paso que estaba a punto de dar.

Gala mantenía con Dimitri una complicidad que no tenía ni con su madre ni con sus hermanos. Por más que este, en realidad, no fuera su padre, sino su padrastro. Sin embargo, ella lo sintió desde el principio como su padre verdadero. El único padre que había conocido y la única figura masculina de la que aceptó un consejo y, quizás, algún reproche. Su presencia eliminó de su recuerdo a aquel Diakonov que, borracho de vodka, pegaba a su madre todas las noches hasta que por fin, un día, acabó por abandonar a la familia a su suerte y no volvieron a saber de él. Poco después, Dimitri Illitch Gomborg entraba en la vida de Antonina, la madre de Gala, y en la de sus cuatro hijos para quedarse.

—Desde que era una niña... está así desde que era una niña —se lamentaba la madre de Gala mirando impotente a su hija sin saber qué más podía hacer.

—Quizás deberíamos llevarla al Hospital Central.

Y así lo hicieron. Gala también estaba cansada de tanta enfermedad, de tanto tener que quedarse en casa desde niña porque cualquier movimiento la ahogaba. Acababa de cumplir dieciocho años y no había mes en el que no tuviera una recaída que agravara la naturaleza de su enfermedad. En Moscú, los médicos, tras examinarla a fondo, preocupados por que su afectación pulmonar acabara evolucionando en una mortífera tuberculosis, decidieron que lo mejor para su salud era que se trasladara a Suiza. Si pasaba una temporada internada en el sanatorio de Clavadel, sin ninguna duda mejoraría mucho el estado de los pulmones.

—Irás tú sola —le explicó su padre—. Irán a recogerte a la estación.

—No te apures, no estaré sola. Ellos vendrán conmigo —contestó con seguridad la joven, señalando una estantería donde reposaban sus libros favoritos—. Estaré bien.

Y lo decía convencida.

Desde siempre, los libros habían sido la única compañía que necesitaba. Había crecido en medio de ellos, vivido rodeada de poetas, pintores, profesores amigos de sus padres... Alejada de muchachos y muchachas de su edad, Gala disfrutaba en compañía de personas mayores, daban menos complicaciones, sabían lo que querían... En estas reuniones, se sentaba a un lado de la sala para escuchar conversaciones que no siempre entendía, pero que le causaban gran placer y que abrían su mente a otros mundos a los que acabó soñando con llegar. Desde esos tiempos y ya en la casa familiar, Gala empezó a leer folletines, a conocer Europa, a admirar su cultura y a soñar con las niñas modélicas que vivían en algún lugar de Francia. Jovencitas que lucían tirabuzones y escuchaban recitar poesía a sus madres, mientras suspiraban por encontrar un marido que las hiciera felices el resto de sus días. Muchachas que nunca serían como ella, pero que vivían unas vidas en el lugar en el que a ella le gustaría vivir.

Fue en aquella época cuando Gala descubrió el placer que le suponía acariciar un libro, el goce de pasar los dedos por sus hojas, de disfrutar con el olor que desprendía la encuadernación, de interpretar los espacios en blanco de las poesías más allá incluso de lo que el mismo poeta quería decir. No, con los libros no tendría tiempo de sentirse sola. Como tampoco lo tendría con uno de sus eternos compañeros: el tarot. Pasara lo que pasara, unos y otro la harían sentirse como en casa. Aunque se guardó de mencionar el tarot para evitar las ironías de sus hermanos, que, cuando se lo veían entre las manos, no dudaban en tacharla de loca.

* * *

El primer cambio de tren lo hizo en Landquart.

Tenía poco más de dieciocho años cuando emprendió el viaje y, aunque con frecuencia había fantaseado en su casa con salir de Rusia, esta era la primera vez que se sentía libre de verdad. Al amanecer, recién llegada de un tren procedente de Moscú tras realizar un largo viaje atravesando Europa, sentarse en el local en el que se encontraba el pequeño café que había en la estación de Zúrich le pareció un lujo. Antes de traspasar la puerta, se sujetó con una mano su larga estola de piel negra para no dejar que el frío se colara, hizo un movimiento a izquierda y derecha con el cuello para asegurarse de que nadie la observaba y entró en el local con paso seguro.

Se sentó en una silla frente a una mesa con un mantel blanco y le encargó a uno de los camareros de largo mandil un té con leche acompañado de tostadas. Mientras esperaba, miró el reloj que presidía la sala y que le recordaba que en poco menos de dos horas saldría su otro tren hacia Davos. Allí se encontraba su destino final: el sanatorio suizo de Clavadel.

Tras acabar el desayuno, y todavía dentro del bar, le hizo señales a un uniformado maletero para que la ayudara con la pesada maleta, al ver que el tren ya estaba en las vías. El hombre, de gorra azul inmaculada, acudió raudo a la llamada de la muchacha. A paso de carrera, se dirigió con la pesada carga hacia el andén donde se encontraba el robusto con-voy alpino que poco después se abriría paso entre túneles llenos de rugidos y humo. Una vez en el compartimiento, el mozo colocó la maleta en el portaequipajes y, al acabar, saludó a Gala inclinando la cabeza y murmurando algo en alemán, al tiempo que extendía la mano. La muchacha, entonces, comprendió el gesto y rebuscó en el interior de su pequeño bolso negro hasta encontrar unas monedas que darle de propina y las dejó caer en sus manos sin tocarlas.

Ya sentada en su vagón, miró a su alrededor buscando algo que le llamara la atención como para detener los ojos unos segundos. En el compartimiento había otros viajeros, sí, pero ninguno parecía demasiado interesante y decidió evitar conversaciones de desconocidos. Al fin, colocada en el extremo de uno de los dos bancos, miró por la ventana. Con el abrigo de piel doblado sobre las rodillas y con la pesada estola de astracán sujeta alrededor del cuello, agarró con fuerza el pequeño bolso contra su pecho. Al final, no fijó su mirada en nadie, pero le pareció notar cómo los demás la observaban. No era una sensación nueva. Delgada, con la piel muy blanca, las señales de su enfermedad la diferenciaban del resto de muchachas de su edad y provocaban miradas sorprendidas a su paso. En ese momento, un agudo silbido que avisaba de que el tren se ponía en marcha la distrajo de sus pensamientos. El estrépito del motor confirmó que la maquinaria se había puesto en marcha. Gala miró por la ventana, mientras notaba que las ruedas empezaban a girar. La máquina fue ganando velocidad a medida que se alejaban de la estación. Poco después de iniciar la marcha, la locomotora

emergió entre paisajes protegidos por bosques de abetos negros, lagos y montañas cubiertas de nieve. Paisajes infinitos que se acercaban a la ventanilla acompañados, procedentes de algún lugar más allá de lo que la vista era capaz de alcanzar. Imágenes que no acaban nunca y que aumentaban la sensación de infinita libertad que había sentido Gala al llegar a la estación de Zúrich. Nunca había visto nada igual hasta ese momento, ni tampoco había disfrutado hasta entonces de la independencia.

Tan solo tres días después de iniciar el viaje, que se le hizo a ratos interminable, Europa entera le abría las puertas a un cambio de vida. Sin ella saberlo, ese último tren daba paso a la nueva Gala. Y el paisaje se quedaría grabado en su memoria para siempre, como señal de su primer triunfo y de su transformación.

Kazán estaba bien, pero no era más que un refugio para pueblerinos. Ni siquiera Moscú era suficiente para ella. Con sus calles cubiertas de nieve durante muchos meses al año, era una ciudad en la que en raras ocasiones alguien se aventuraba a pasear por el mero placer de hacerlo y te obligaba a vivir encerrada en casa. Su destino era Europa, lo entendió poco después de llegar a Clavadel, a pesar de haber venido con el hielo metido en los pulmones. Años después, cuando oye hablar de frío, instalada ya en la cálida costa mediterránea, sonreiría sin decir nada. ¡Frío en el mediterráneo! No sabían lo que decían, aquello sí que había sido pasar frío, pero un frío que la sanaría y la dirigiría hacia lo que iba a ser su nueva vida en un país en el que, como soñó una vez de pequeña, nunca habría nieve en las calles.

Cerró los ojos, apoyó su mejilla en la ventana, sujetando con fuerza su bolso en el pecho, y dejó que su cabeza se balanceara con suavidad contra el cristal con el traqueteo del tren, mientras recordaba a sus padres. Antonina, asustada al tiempo que emocionada ante el viaje que emprendía su hija,

había llorado al despedirse, pensando en lo que podría deparar un trayecto tan largo para sus maltrechos pulmones y temerosa de no volverla a ver. Dimitri, sin embargo, era diferente y no gustaba de lamentaciones. Estaba seguro de la resistencia de Gala frente a las dificultades y sabía que llegaría indemne y que regresaría de igual manera. Tan solo le dio un abrazo para infundirle confianza y aprovechó para susurrarle al oído un consejo mil veces repetido:

—Libre, Gala, hay que ser libre. Debemos tener conciencia de nuestra propia libertad, aprovecharla, porque nos la regala Dios y es solo nuestra. Sería pecado no hacer uso de ella. Aprovecha para ser libre, sin pensar en los demás.

Gala sonrió agradecida al recordar esa frase.

Mientras, notaba que el tren aminoraba la marcha a ratos. En esos momentos la vía serpenteaba entre casas pegadas unas a otras y daba la sensación de que no llegarían nunca a su destino. Al rato, se detuvo el vaivén y eso la obligó a abrir los ojos. El tren se había parado. Lo hacía cada poco en pequeñas estaciones, y los viajeros subían y bajaban con la misma frecuencia. Gala los miraba desde la distancia involuntaria que delimita un cristal. Al subir, ninguno parecía enfermo como para compartir con ellos su destino, mientras ella seguía notando una fuerte presión en el pecho que le recordaba que, por más que fantaseara, este viaje no era puro placer, sino acuciante necesidad.

Ya en Davos, y con ayuda de un mozo que le llevó las maletas desde el convoy, se acercó a saludar a un trabajador del sanatorio que vino a recibirla para conducirla hasta su destino final.

El edificio, situado a más de mil quinientos metros de altura, estaba rodeado de nieve. La majestuosa construcción tenía cuatro plantas, y, desde fuera, uno diría que era más parecido a un hotel de lujo que a un hospital donde vivir aislada del mundo y, sobre todo, de la tuberculosis. En ese momento,

en un cielo casi blanco, los grajos sobrevolaban encima de lo que sería su hogar los próximos dos años dándole un aspecto fantasmagórico y graznaban avisando de posibles peligros.

—Estáis presagiando muerte —les gritó a las aves, amenazándolas con el puño levantado y ante la cara de asombro del hombre.

—Por desgracia, la muerte es de las pocas cosas que uno puede presagiar en este lugar, sin miedo a equivocarse —le aclaró el hombre, con tono resignado.

—Pero no será la mía —contestó la rusa con seguridad y siguió andando.

Recordaba a la perfección que La Justicia había sido la última carta que salió en la tirada que había realizado esa mañana. Era la resurrección lo que le esperaba en el sanatorio, estaba segura de eso, el tarot no se equivocaba. Por eso no estaba dispuesta a dejarse atemorizar por unos pájaros, ni siquiera sabiendo que la espada de Damocles pendía sobre su cabeza desde hacía años dispuesta a caer en cualquier momento secándole los pulmones para siempre. De sobra sabía que los grajos eran pájaros de mal agüero, pero las cartas le habían asegurado que saldría reforzada del viaje, victoriosa. No le iba a aclarar a ellos ni a nadie que La Emperatriz, La Rueda, La Templanza y La Estrella se lo habían confirmado en esa misma tirada. No había dudas. Este sería el viaje que cambiaría su vida.

Acompañada por aquel hombre, siguió caminando por el ancho paseo que daba la bienvenida hasta atravesar la entrada del sanatorio. Al hacerlo pensó en algunos de los paisajes desolados que tan bien describían Tolstói y Dostoievski en algunas de sus obras. Había sido buena idea dejarse acompañar por los dos maestros.

Ya sola, en su habitación del tercer piso, tras solucionar los últimos trámites que le faltaban para ingresar en la institución, se dispuso a colocar todos los objetos que había traído

en su maleta para hacer de su estancia una pequeña reproducción de su propia habitación en Moscú. Unos iconos pequeños que le había regalado su madre, algunos libros de autores rusos, pero también de algunos escritores franceses y material para poder preparar sus próximos exámenes de ingreso a la universidad al regreso de su tratamiento. Junto a ellos, unos animales de peluche que adornaban su cama y que también había traído a Clavadel y toda clase de retales con los que cortarse unas blusas que después bordaría con seda de colores, haciendo pequeños dibujos geométricos.

Los primeros días se paseó sola por los largos corredores del sanatorio, recorriendo algunas habitaciones que todavía estaban vacías, entrando en las salas de reposo, en los comedores... conociendo la institución, pero alejada de médicos, del personal de servicio y de otros enfermos. No se sentía cómoda entre ellos. Para los médicos, los enfermos eran tuberculosos que necesitaban reposo, para el personal, en cambio, ricos ociosos que podían permitirse el lujo de pasar unos meses fuera de casa tratados a cuerpo de rey, intentando alejarse de una muerte que, al fin, a todos llegaba. Para los enfermos, unos y otros no eran más que transmisores de malas noticias. Sin embargo, la realidad era más simple que todo eso. Aunque era cierto que todos pertenecían a familias bien situadas, que el estado de sus cuerpos necesitaba reposo absoluto, y tosían con una expectoración seca y profunda en unos casos, escupiendo sangre en otros y muchos no lograban regresar curados a sus casas, la realidad era que todos soñaban con volver. Por eso, la impresión que tenía el recién llegado al atravesar la puerta por vez primera era que en Clavadel la vida se detenía para intentar engañar a la enfermedad y que esta pasara de lado sin fijarse en nadie.

Los días se veían alterados solo por unas reglas que ordenaban el paso del tiempo, desde la hora del desayuno, hasta la visita del médico o el reparto del correo. La mayor parte de los

enfermos permanecían en silencio, mirando al vacío, contando con los dedos los días que les restaban para, en el mejor de los casos, regresar a casa con pocas secuelas de la enfermedad.

—Tenía que alejarme de mi casa, y solo podía hacerlo sola. Poco me importaba que me vieran como si fuera un chico por la determinación que mostraba. La tuberculosis me dio la excusa perfecta para justificar mi huida —explicó a Eugène en el sanatorio al poco de conocerlo.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía a gusto con alguien de su edad como para confesarle sus temores más secretos y explicarle sus planes. Por más que se lo contara restándole importancia a algo que sin duda había supuesto un gran sacrificio y demostraba la fortaleza que la marcaría de por vida.

Pero esa conversación todavía tardaría en llegar.

En ese momento Gala no conocía a Eugène Émile Grindel. El joven tenía diecisiete años, uno menos que ella, y llevaba unos meses ingresado en Clavadel, acompañado de su madre, aquejado también de una grave afección respiratoria. Era bastante alto y tenía unos hombros estrechos que enmarcaban el fino rostro dándole un aire de joven desvalido. Elegante, vestido siempre con una abultada corbata de terciopelo para evitar que el frío se le metiera en la garganta y en sus maltrechos pulmones, intentaba parecer mayor de lo que sin duda era. Por eso, el día que Eugène vio avanzar a Gala por primera vez, atravesando pausada los largos pasillos del sanatorio, y notó cómo el corazón se le aceleraba hasta salirse del pecho, no se atrevió a hablarle. Nunca antes había sentido algo igual. Al principio dudó si decirle algo y al fin se acercó a saludarla ofreciéndole la mejor de sus sonrisas, aunque lo hizo con timidez. Los aires altivos de la muchacha parecían querer rehuir el contacto con otros enfermos, pero la realidad era que no tenía a nadie a su lado y se sentía muy sola.

—Soy Eugène.

Gala se lo quedó mirando sin saber qué hacer y, aunque estuvo tentada de detenerse a conversar, tan solo movió la cabeza para devolver el saludo.

Podía parecer una enferma más, pero él supo de inmediato que no lo era y por eso le atrajo. Ni siquiera pareció importarle aquel gesto de rechazo, que todo el mundo hubiera entendido como un desplante, y lo asoció a una supuesta timidez que él estaba dispuesto a sortear con sus mejores armas de poeta.

—Se llama Elena Dimitrievna Diakonova, pero se hace llamar Gala —le aclaró al punto una enfermera.

—¿Hace mucho que ha llegado? ¿De dónde viene? ¿Está grave? —Las preguntas se agolpaban en la boca de Eugène.

La enfermera lo miró sonriendo. Sabía que no podía dar ese tipo de información, que todas las normas de discreción obligaban a no comunicar detalles acerca de los pacientes, pero qué importaba saltárselas un poco. Al fin y al cabo quizás ninguno de ellos dos regresara a sus hogares...

—Viene de Moscú, pero como no tenemos más rusos ingresados, habla en alemán con los otros enfermos.

—¿En alemán? —preguntó algo preocupado.

—Aunque debe de saber francés —aclaró la enfermera—, su cuarto está lleno de libros de poetas franceses.

—Poetas... —dijo con una sonrisa, saboreando la palabra de nuevo—. Poetas...

Gala era flaca. Tenía los huesos del cuello y los hombros salientes, y un talle esbelto. Sin ser guapa, su aspecto atraía e imponía a la vez y hacía difícil dejar de mirarla. Sus andares, con la cabeza siempre erguida, la hacían parecer incluso más alta. Al verla caminar, uno diría que era una princesa del frío que se negaba a ser arropada. Pero todo pasaba a un segundo plano cuando te fijabas en sus ojos. Negros como el azabache, febriles, intensos... esa mirada seductora atraería para

siempre al joven Eugène, que quedó atrapado en sus redes, sin él saberlo, ese mismo día.

Ni siquiera el paso del tiempo consiguió que él, con unas manos de adolescente grandes y torpes, perdiera el nerviosismo y dejara de moverlas y entrelazarlas sudoroso para evitar delatar sus nervios cada vez que se dirigía a ella.

Todos los días a mediodía, después de comer, los enfermos se reunían en los salones situados en la planta baja del establecimiento. Reclinados en unas tumbonas, colocadas frente a unos grandes ventanales por los que entraba la luz, debían descansar viendo pasar el tiempo. Unos dormitaban y los otros leían o escribían, pero todos permanecían en silencio, como si eso alejara la tuberculosis de sus cuerpos. Gala se sentaba apartada de los demás, incluso rechazaba los pequeños corrillos que, casi a escondidas, se formaban para mantener breves conversaciones. Unos pocos la suponían tímida, pero la mayoría ya empezaba a hablar de ella como la rusa altanera.

Al poco de llegar, una tarde, Gala vio a Eugène estirado en una de las butacas de reposo de la sala. Ella era incapaz de relajarse sentada en ellas y decidió que había llegado el momento de devolver aquel saludo.

—¿Podría acercarme una pluma y un papel para escribir? —pidió a la enfermera cuando esta se acercaba a traerle la medicación.

—Duerma, intente descansar. Parece que está usted algo nerviosa hoy, descansar es importante para ayudar a la curación —le contestó solícita, mientras le entregaba junto a las pastillas una segunda manta, pensando que tal vez el frío le hacía desear mover las manos para que entraran en calor.

Pero no era el frío, era ella, su cabeza, sus inquietudes. Convenció a la enfermera de que le trajera lo que necesitaba para escribir esa nota que rondaba por su mente y hacérsela llegar a su destinatario. Antes, Gala había hecho todos los

intentos que había podido para juntarse con otros enfermos, pero pasaban los días y ninguno de los entretenimientos que preparaban en el sanatorio para distraerlos le resultaban lo suficientemente atractivos para unirse a un grupo. Unos demasiado enfermos, otros demasiado viejos, los de más allá sin nada demasiado interesante de lo que hablar... Por eso había que buscar una alternativa, y así fue como Gala decidió hablar con el francés. Y en ese momento fijó de nuevo su mirada en Eugène. Como ella, tampoco parecía que estuviera descansando. Tendido en una tumbona algo más allá que la suya, con sus piernas cubiertas por una manta de lana roja a cuadros, movía nervioso su estilográfica mientras mantenía su mirada absorta en las páginas del libro que estaba leyendo.

—¿Quién es ese joven? —preguntó a la enfermera para tener detalles más concretos de él, agradeciendo con una sonrisa que le hubiera traído todo lo que le había pedido.

—Se llama Eugène, es un joven francés. Ha venido aquí con su madre, que lo acompaña durante el tratamiento —contestó de inmediato, confirmando a Gala lo que ya se imaginaba, que los enfermos, sus vidas y sus muertes estaban en boca de todos—. Si quieres que te diga lo que pienso de él, creo que es de los enfermos que tiene la habitación más abarrotada que he visto nunca —añadió acercándose para hablar con ella y evitar que los demás atendieran a la conversación.

—¿Abarrotada? —preguntó la rusa intrigada.

—Libros, tiene libros por todas partes, hasta debajo de la cama. Y libretas, miles de libretas esparcidas por la estancia. Creo que él se presenta como poeta.

Gala sonrió y miró de nuevo al joven. Delgado, frágil y pálido, el adolescente que pronto se convertiría en hombre cada vez le resultaba más interesante, a pesar de que no se atrevía ni a mirarla a los ojos.

En cuanto se alejó la enfermera, se dispuso a escribirle una nota en un minúsculo trozo de papel: «Retrato de un joven poeta de diecisiete años. ¡Triangulismo!».

Y en su reverso dibujó el perfil del poeta sonriendo. Para Gala la poesía era un don mucho más importante que cualquier otro, era la sublimación de la belleza. De inmediato, hizo que el papel corriera de mano en mano por todos los enfermos hasta llegar a Eugène.

«¿Qué joven? ¡Conteste rápido!», preguntó sorprendido Eugène al recibirlo, sin atreverse ni siquiera a mirarla, tan nervioso como estaba.

«Esta noche cena usted conmigo», dijo como única respuesta quien, en ese mismo momento, supo que no se separaría de él, que Eugène sería su primer paso hacia esa libertad que tanto ansiaba, su entrada en Europa.

El muchacho aceptó la orden sin dudarle, como lo haría a partir de ese momento siempre que ella quisiera.

«Soy su discípulo».

A partir de ese instante, decidieron no dedicar ni un minuto a pensar que esa podía ser su última Navidad, sino a trazar planes de lo que sería su nueva vida en común, disfrutando de unos encuentros que hacían nacer todos los deseos del amor, que llevaba a sus cuerpos nuevas sensaciones.

—Las cartas del tarot me mantuvieron viva hasta que te encontré. Los Enamorados y El Mago me confirmaban en Moscú una y otra vez que hacía lo correcto, que esperara y que un hombre joven vendría a llamar a mi puerta y me llevaría con él, trazando juntos nuestro destino, y La Emperatriz me aseguraba que la muerte se alejaba —le confesó ella meses más tarde, sin aclararle que La Emperatriz solo hacía referencia a su propia vida.

Eugène la miraba embelesado, recorriendo con sus ojos todas las partes de su cuerpo, cogiéndole las manos, acariciándole los brazos... sin atreverse a ir más allá. Uno diría, al

verlos, que el contacto físico entre los jóvenes bastaba para sumirlos en la más pasional de las relaciones.

En esa época también Gala compartió con él su gran secreto, el mazo de cartas del tarot que, protegido en una pequeña bolsa roja de terciopelo, la había acompañado desde su Rusia natal y que la ayudaba a tomar todas y cada una de las decisiones.

Así, entre caricias y predicciones, entre lo carnal y lo divino, olvidaron que la muerte flotaba sobre sus cabezas y trataron de llenar las eternas horas de reposo en el sanatorio con lecturas compartidas, conversaciones, poemas, paseos y primeros flirteos. El encuentro con Eugène hacía nacer en Gala unos sentimientos que hasta ahora eran desconocidos para ella. La vida en Clavadel empezaba a tener otro sentido, se veían a diario, se esperaban, se perseguían, se buscaban, unían sus manos, se miraban y conseguían crear un escenario más que propicio para inocentes devaneos sexuales que dejaban claras las prisas que tenía uno y otro por vivir, para no pensar que, quizás, la muerte los acechaba.

—Quiero ser poeta —se sinceró Eugène un día.

—Serás uno de los mejores —sentenció ella sin dudarlo.

El joven nunca había encontrado a nadie que creyera en él de esa manera. Y empezó a pensar que un día ellos dos serían libres para vivir juntos, fuera ya de esas blancas habitaciones, con sus muebles de colores claros y su pequeño balcón que ofrecía una pálida vista de la nieve, lejos de las revisiones semanales de rayos X, de las diarias lecturas de termómetros y de la comprobación del estado de los pulmones por parte de los médicos.

* * *

*Éramos jóvenes e ingenuos. Creíamos en cosas, soñábamos despier-
tos. Soñar es gratis. Sin sueños no se llega a ningún sitio. Por eso
yo empecé a soñar entonces. Por eso creí con fuerzas en lo que iba a
hacer. Por eso, desde aquel momento, empecé a pensar solo en mí
misma.*

* * *

Sin dudarlo ni un minuto, siempre que podían, corrían a buscar una zona aislada donde compartir sus sueños, alejándose de la atmósfera de gran trasatlántico enfermo que se vivía en el sanatorio. No asistían a los conciertos de piano que había los domingos, ni a las reuniones para tomar té o limonadas, ni a los paseos a caballo semanales, rechazaban las invitaciones de los otros enfermos para jugar a las cartas o intercambiarse sellos de correos. Ni siquiera les apetecía divertirse con el nuevo invento que había llegado hacía poco a Clavadel, un estereoscopio tridimensional que daba a las fotografías una extraña profundidad, similar a la ensoñadora languidez de la vida que allí llevaban. Solo querían acariciarse, besarse con urgencia y torpeza a la vez, estar juntos, soñar con el mañana, con su mañana.

Eran solo ellos dos.

Gala y Eugène.

Eugène y Gala.

Así, de las confidencias y las lecturas en voz alta, saltaron a los primeros poemas del joven poeta Eugène dedicados a su musa, y con ellos las primeras correcciones que Gala, meticulosa, sugiriera.

Eugène estaba acostumbrado a poner en verso su vida, emociones, angustias, dichas... pero hasta ahora no había conocido a nadie que, como Gala, leyera y entendiera lo que

sus versos querían decir. Eso los unió definitivamente. Los jóvenes, haciendo uso de la ilusión y el impulso propios de la edad, empezaron a hacer planes para vivir juntos, fuera de los confines del sanatorio, en cuanto tuvieran el alta médica.

—Hace unos días, me fijé en que hablabas con una joven en el salón. Yo le he pedido a Dios que me dé un hombre a quien adorar y apareciste tú. Ahora no puedes fallarme —le dijo entonces Gala, herida por primera y quizás por única vez por el demonio de los celos.

—Soy tu discípulo. Nunca habrá otra como tú —contestó de nuevo Eugène, disipando así sus dudas para siempre.

Pero la felicidad no podía ser perfecta, y muy a su pesar el dúo era a veces un trío al que se unía la mirada hostil de madame Grindel, la madre de Eugène. Posesiva y celosa del disfrute de su único hijo, no se fiaba de una muchacha que había venido sola desde sabe Dios dónde y cuyo nombre ni siquiera figuraba en el santoral. Ella había viajado a Clavadel, protegiendo a su único retoño, enfermizo y sobreprotegido, y no estaba dispuesta a sacrificar su vida para salvarlo de la muerte para que, una vez curado, una mujerzuela se lo arrebatará.

—Esta rusa no puede ser más que una mala influencia, mi querido Gégène —insistía una y otra vez, al tiempo que notaba que su hijo se alejaba de ella.

—Gala está sola, madre, necesita de mí, como yo necesito de ella —respondía Eugène, poco acostumbrado a llevarle la contraria a su progenitora, pero ya enamorado por completo.

—Escucha a tu madre, Gégène, la rusa te quiere porque eres un buen partido. Hazme caso, yo siempre he deseado lo mejor para ti y estoy segura de que ella, en cambio, solo quiere lo mejor para sí misma —insistía.

—Pero madre...

—Lo he dejado todo por ti, he sacrificado mi vida, he hecho mil y un esfuerzos... ¿Y tu padre? ¿Acaso no piensas en

él? ¿En las horas de trabajo para que tengas todo lo que necesites? ¿Y cómo nos lo pagas? ¿Así? ¿Dejándote embaucar por esa rusa?

—Madre, tú no lo entiendes, Gala es mi vida. Ella mejor que nadie... —El joven se calló, su madre lo miraba a punto de estallar, consciente de que poco tenía que hacer frente a la rusa.

—En unos días regresaré a París. No creo que aquí te haga falta —contestó entonces la mujer.

—No era eso, madre... yo...

—Te esperaré allí, junto a tu padre. Los dos deseamos más que nada en el mundo que regreses a nuestro lado curado.

Madame Grindel había perdido la primera batalla contra Gala. Y decidió volver a París, a la espera de que le dieran el alta a su hijo. Al fin y al cabo, pensó, la rusa también regresaría a Moscú y se alejaría de ellos para siempre; el tiempo y la distancia se encargarían del resto.

Pero se equivocó. La desaparición de la mujer supuso una liberación para los jóvenes. Poco después de que madame Grindel se fuera, en el sanatorio, para festejar el carnaval, se organizó una pequeña fiesta de disfraces y los que ya se consideraban novios aprovecharon el momento para hacer pública una relación que empezaba. No contentos con mantener la relación salpicada de pícaros recados que intercambiaban en una *chaise longue*, se disponían a mostrarse al mundo, aunque fuera con la discreción que demandaba la institución en la que se encontraban y la inexperiencia de la que partían los dos.

—A partir de hoy seremos uno solo —dijo entonces Gala, haciendo uso de un poder que, por primera vez, notó que tenía sobre el muchacho.

Eugène asintió. En realidad, nada podía resultarle más atractivo que dejarse dirigir por una mujer. El joven, sin darse cuenta, pasaba del control de una madre al control de la que en ese momento ya era su novia. Y aquella noche, en

la fiesta, aparecieron bajo el mismo disfraz. Pierrot y Colombine. Colombine y Pierrot. Mismas cejas pintadas de Khol, misma cara tiznada de blanco, mismos pantalones, mismo gorro negro ocultando sus cabellos y mismos cuellos de olanes... uno podría decir, casi, que parecían hermanos gemelos, blancos y tristes.

—Eugène vestido de Gala —redactó él en el anverso y guardó su foto entre las hojas del cuaderno en el que estaba escribiendo sus últimos versos.

Gala y Eugène.

Eugène y Gala.

Imposible distinguirlos. ¿Quién era el auténtico personaje? ¿Y su doble? La simbiosis había empezado.

A Gala ya se lo habían anunciado las cartas del tarot. El Mago, El Mago... la carta se repetía una y otra vez en cada una de las ocasiones en las que les pedía consejo sobre qué hacer y qué iba a ser de ella. El arcano presagiaba el nacimiento de un nuevo universo, le indicaba la posibilidad de conseguir todo lo que se propusiera. Tenía que mantener los pies en la tierra, eso lo sabía, pero el cosmos jugaba a su favor, aunque su destino —como la mesa de El Mago— tuviera solo tres patas. No solo no se caería, sino que aguantaría el peso del mundo si hacía falta hasta que alcanzara su meta. Además estaban esos dados sobre la mesa de El Mago, recordándole que el poder era tan grande que juntos los números sumaban 21, el número total de los arcanos mayores del tarot. Eugène conquistaría El Mundo con su ayuda, y allí estaría ella, como estaba la serpiente alrededor de El Mago, controlando, para hacerse con el mando definitivo sobre la vida.

Por eso su sonrisa fue enorme el día que vio llegar corriendo hasta su habitación a Eugène.

—¡Ya lo tenemos aquí! *Ma belle petite fille*. ¡Ha llegado! —le dijo entusiasmado Eugène a Gala señalándole el matasellos de un paquete que acababa de recibir desde París.

—*Premières poèmes*, por Paul Eugène Grindel —leyó en voz alta, acariciando las tapas del libro y mostrando una enorme una sonrisa—. ¡Mi querido *dorogoi maltchik!* ¡Oficialmente ya eres poeta!

—Sí... pero...

—¿Pasa algo? ¿No ha salido bien?

—No es eso. Es mi nombre. No tengo nombre de poeta —se lamentó—. Eugène Émile Paul Grindel... Ningún poeta será recordado con ese nombre.

—¿Quieres cambiar tu nombre?

—Un buen poeta tiene que ser capaz de elegir su propio nombre. Tengo que ser yo quien me bautice, yo quien haga de mí mismo otra persona, yo quien sepa quién quiero ser. ¿Eugène-Paul Grindel? ¿Paul-Eugène Grindel? ¿Paul Éluard Grindel?

—Paul —contestó ella sin dudarlo, consciente de que ralentizar esa decisión no podría más que retrasar el crecimiento de Paul como poeta—. Serás Paul Éluard.

Y sin titubear, olvidando que poco antes había asegurado que solo él elegiría su nuevo nombre, decidió que se haría llamar Paul, como su tío, y adoptaría el apellido de su abuela materna. Y con eso para él empezó una nueva vida, de la que desapareció Eugène para siempre y Gala se erigió en reina y señora.